



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—¡Esperanzas! (poesía), por don Carlos Frontaura.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—La Corona de Violetas, novela original, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Variedades: La Novia del Soldado, por don E. de T.—Anécdota.—Explicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

*Consejos de una madre á su hijo, por la
Marquesa de Lambert.*

La verdadera grandeza del hombre está en el corazon; que hay que elevarle para aspirar á grandes cosas, y mas se debe trabajar sobre él que en perfeccionar el talento. Los pensamientos y los deseos deben ser dignos de uno mismo; y en un buen corazon se halla el origen de la inocencia y de la felicidad.

Es una necesidad aprender á temerse y á respetarse; y está el fundamento de la felicidad en la paz del alma y en el testimonio secreto de la conciencia. Menos importa parecer hombre de bien que serlo; así los que no se cuidan de la aprobacion de los otros, sino solamente de merecerla, obtienen lo uno y lo otro.

La principal y verdadera felicidad es el estar cada uno contento con su estado; y nada sin embargo mas raro y mas apreciable que encontrar personas que estén satisfechas; pues no hay situacion tan mala que no tenga algo de bueno, algun lado de agradable: es menes-

ter saber dar en él. La culpa no es de la situacion, sino nuestra: debemos quejarnos mas de nuestro humor que de la fortuna; y atribuímos á los sucesos las faltas que solo provienen de nuestra melancolía. El mal está en nosotros, no le busquemos en otra parte; por esto mudamos muchas veces la fortuna suavizando nuestro humor, y nos es mas fácil ajustarnos á las cosas que ajustar las cosas á nosotros.

La inoportuna eficacia de buscar el remedio irrita el mal, y la imaginacion de acuerdo con el dolor, le aumenta y le fortifica. El pensar en las desgracias es reunir las y sostenerlas: la paciencia las suaviza, la conformidad las aleja.

Todas las situaciones tienen sus disgustos, sus trabajos; pero hay que mirarlos como una cosa inherente á la especie humana; el pretender una felicidad constante es querer libertarse de la ley comun.

«Juzga por tí mismo, dice finalmente la escritora de que nos vamos ocupando, y no por la opinion de los otros. Las desgracias y los desórdenes vienen de los falsos juicios: los falsos juicios del modo de pensar, y el modo de pensar del trato que se tiene con los hombres; y siempre te quedas mas imperfecto.

Para minorar la impresion que esto hace en tí, y moderar tus deseos y tus pesadumbres, piensa que el tiempo se lleva tus penas y tus gustos; que cada instante, por muy jóven que seas, se gasta una parte de tí mismo. Los honores, las dignidades, las preferencias establecidas entre los hombres son espectáculos y ceremonias vacias de realidad..... Goza, hijo mio, de las ventajas de tu estado, y sufre con paciencia sus trabajos. Piensa que donde hay hombres hay desgraciados: ten, si es posible, una anchura de corazon que te haga mirar los accidentes como previstos y conocidos; y en fin, acuérdate que la felicidad depende de las costumbres y de la conducta; pero que el colmo de la felicidad se ha de buscar en la inocencia, donde jamás deja de encontrarse.»

Tales son los consejos que daba á su hijo tan ilustrada señora; y tales los que pueden repetir todas las madres ilustradas, todas las que procuren la felicidad de sus hijos, que todas la quieren, porque es la suya propia, porque es ese deseo innato, amoroso, incomprendible, que tienen todas las madres á sus hijos.

A. Pirala.

LITERATURA.

¡ ESPERANZAS !

N. N. ...

Cruzando del bosque umbrío
las veredas solitarias,
viene una niña que llora
perdidas sus esperanzas.

Tres veces la ha sorprendido
la estrella de la mañana,
junto al tranquilo arroyuelo
que acaricia á la montaña:

Que al viento dándole quejas
y dando al arroyo lágrimas,
esperó en vano tres días,
á quien sus pesares causa.

¿ Por qué su amado no vuelve?...
¿ Será que otro amor le aparta
de la niña que le envía
entre suspiros el alma?...

Cada vez que agita el viento
de la arboleda las ramas
se anima el semblante pálido
de la niña enamorada;

Que si el mancebo volviera
gozosa le saludará!...

¡ Cuán fácilmente perdonan
las mujeres cuando aman !

Pero viendo que ilusorias
son del deseo esperanzas,
así la niña se queja,
así á los árboles habla:

— Si alguna vez del bosque
las calles cruza,
no digais á mi amado
mi desventura!

No se complazca,
sabiendo que su olvido
cruel me mata!

—
Decídle que á mi pecho
la calma torna;
que libre el alma mia,
seré dichosa;

Porque he aprendido
que es el amor esclavo
del albedrío.

—
Decídle que un mancebo
me miente amores,
y que ya mi cariño
le corresponde;

Que los desdenes,
mas que mi amor, el suyo
tal vez despierten!

—
Mas, calladle, testigos
de mis pesares,
que amor que fué mi vida
quizá me mate!

La noche avanza!
Sus sombras tumba sean
de mi esperanza!

II.

Prometió la niña hermosa
no volver á la montaña,
en busca de aquel ingrato
que no la devuelve el alma;

Pero sé que apenas brilla
la luz primera del alba
sale á esperarle.... y le espera
hasta que la luz se acaba.

.....

Es que cada noche sueña
con quien sus pesares causa,
y cada noche el deseo
le finje mas esperanzas!

CÁRLOS FRONTEIRA.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Largo rato hacia que la pobre jóven, abismada en su dolor, no habia levantado la cabeza que ocultára avergonzada entre sus manos. Trastornada con aquel golpe tan terrible como inesperado, olvidándose de todo lo que la rodeaba para no pensar mas que en su caida, permaneció en el sillón, medio desnuda, hasta que pasado el primer acceso de aquel dolor, empezó á sentir el frío, haciéndola recordar que se hallaba en las altas horas de la noche.

Comenzaba entonces á oirse el lejano ruido de la tormenta. Temblaban los cristales, agitados de vez en cuando por gruesas gotas de lluvia, gemian las veletas con un chirrido siniestro, y la naturaleza entera parecia reproducir con cien ecos terribles las palabras de aquella espantosa carta.

Ay! ella habia visto ponerse el sol entre celajes de oro, y sin embargo, la implacable tempestad conmovia el mundo con su bramido. ¡Aquel era su último sol! El último día de felicidad es el último de la vida. ¿Qué es la existencia cuando ya no nos acompaña la esperanza en nuestro camino? ¡No es la vida! ¡No es tampoco la muerte dulce y tranquila del que duerme el sueño de la tumba, sino esa muerte que es vida todavía, esa agonía lenta del reo en capilla, que sufre cien muertes en cada instante de los que le faltan para llegar al término de la existencia y perderse en la inmemorable eternidad.

Tímida, como todos aquellos á quienes avasalla la pena, Teresa abrió sus grandes ojos mirando á todos lados con espanto, temblando de miedo y de frío á la vez, y sin atreverse á levantarse del sillón, ni á buscar en su lecho algunas horas de reposo.

Aquel lecho cuyas blancas colgaduras habia ella sujetado con caprichosos lazos rosados, como la primera luz de la aurora, le causaba ahora una impresion penosa, como la que experimenta la golondrina al abandonar su nido amado. Afectada por aque-

lla idea, se levantó resuelta á reposar por un momento su abrasada cabeza en aquellos almohadones perfumados, ó acaso morir allí antes de darles el último adios.

Las bujías, descuidadas por largo tiempo, arrojaban una luz moribunda, reanimada de vez en cuando por las corrientes de aire que penetraban sutilmente por las junturas de las ventanas, las colgaduras se tambaleaban y mentian sombras fantásticas en todos los ángulos del gabinete.

En el momento en que Teresa se acercaba á descorrer las cortinas, cayó súbitamente de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos y ahogando un grito que espiró en sus lábios trémulos.

Habia creído ver la sombra de la castidad, que la arrojaba de aquel blanco lecho, que nunca hubiera debido profanar.

Poseída de un terror indecible, quiso levantarse, pero le faltaron las fuerzas, y tendió la vista en derredor como buscando ayuda. Entonces la majestuosa figura de Moisés, que se destacaba sobre el tapiz de la puerta secreta, pareció moverse, como si tomase vida; tambaleóse algunos instantes en silencio y desapareció á los atónitos ojos de Teresa, dejando en su lugar al innoble y antipático Simon Bonchamps.

Al terror que habia experimentado Teresa, sucedió entonces un sentimiento de noble indignacion, levantóse arrojando llamas por los ojos, y cruzando las manos sobre su cuello desnudo, exclamó con acento terrible:

¡Infame! salid de aquí!

Pero Simon Bonchamps no era ya el mismo; como Sisto V, habia andado encorvado mientras buscaba las llaves de la Iglesia, y ahora se enderezaba con toda la insolencia de un criado convertido en dueño. Por toda contestacion miró á Teresa frente á frente y dió algunos pasos hácia ella, contemplándola con una sonrisa diabólica.

—Señorita, le dijo con una insultante franqueza, se han trocado los papeles, todo lo sabeis ya... eso me ahorra el trabajo de entrar en esplicaciones que os harían perder un tiempo precioso... os habeis quedado.... *desacomodada*, y yo soy el encargado de buscaros colocacion.... pues bien, añadió aprovechándose del silencio de Teresa, á quien la vergüenza habia hecho enmudecer; nada temais... nada habeis perdido.... saldreis del palacio de la Plaza de la Concordia, pero será para ir á habitar una linda aunque modesta casita, cerca de San German l' Auxerrois, que os pertenecerá toda entera.... Oh! no sabeis, señorita.... todo lo que yo os

amo, todo lo que yo he deseado que llegase este día.... Si os dignais aceptar el retiro que os propongo, si quereis ser mi ángel sobre la tierra... me hareis el mas feliz de los hombres!

Simon estaba verdaderamente conmovido, parecíale aquella mujer un sér sobrenatural, un rocío celeste que debia rejuvenecer su vida, gastada en estériles y bajos deseos.

—Oh! callad! callad! exclamó Teresa anonadándole con su mirada soberana; callad, miserable reptil, que aguardais la hora de la desgracia para herir sin piedad.... Salid de aquí!... ¡Antes que sufrir la ignomia de ser vuestra esposa se debe morir!

—Mi esposa! repitió Simon con una sarcástica y horrible carcajada, y habeis creído, señorita, que yo daria mi mano á la dama del general D.? Oh! no, señora, nunca! Os ofrecí mi corazón y mi fortuna, porque sois una linda jóven y os encontráis *sin acomodo*, por lo demas habeis jugado muy poco en el gran tablero del mundo, cuando ignorais que despues de ser *Dama* ya no es posible ser otra cosa.

Anonadada, confundida bajo el peso de aquellas terribles y envenenadas frases, Teresa retrocedió hasta el sofá, tomó precipitadamente su parlamenta (1) de raso, y lanzándose por la puerta secreta á las galerías, bajó de un vuelo las escaleras, abrió los pesados cerrojos, y se encontró en la calle, sola, temblando de miedo, y recibiendo sobre su desnuda cabeza la lluvia que caía á torrentes.

Aunque todavia era de noche, empezaba á distinguirse en el horizonte esa claridad dudosa que precede al día, y se atrevió á llamar á la puerta de Mma. Roland, que tardó largo rato en abrirse.

Es imposible describir el aturdimiento de la coronela, que dormía feliz soñando fiestas imperiales, al encontrarse con Teresa á aquellas horas, en aquel traje, y calada de agua hasta los huesos.

—Pero hija! ¿qué es lo que os sucede? por Dios.... hablad....

—Ah! señora, exclamó la pobre jóven abalanzándose al cuello de Mma. Roland.... la mayor de las desgracias.... la mas.... yo vengo á implorar vuestra caridad!

—Mi caridad! mi caridad! repetía la coronela restregándose los ojos, pero.... ¿habeis perdido el juicio?

—Oh! no, señora! el general D... está casado! y Teresa prorumpió en un torrente de lágrimas.

—Casado! repitió Mma. Roland, con el espanto del que vé reventar á sus piés una granada; pero ¿cuándo? cómo?

Teresa contó como pudo lo que acababa de suceder, interrumpiendo su narracion con gemidos, que salian de lo mas hondo del corazón.

—Casado! repetía la coronela estupefacta, abandonar así á una jóven radiante de juventud y de hermosura! Hum! Pero al fin, hija mia, añadió tomando cariñosamente las manos de Teresa entre las suyas, á los veinte años no es cosa de desesperarse por la pérdida de un amante.... que.... os ama, estoy muy segura de que os ama todavia.

—Amarme! amarme! cuando ha puesto en mi frente el sello de la ignominia!

—Sofismas! hija mia, sofismas! vuestra frente está tersa y pura como lo estaba la mia cuando me casé con el buen Roland, que Dios perdone.... creedme, presentáos en todas partes, alegre, serena y elegante, y el porvenir os sonreirá. Oh! habeis puesto en buenas manos vuestros intereses, yo seré aquí vuestro gerente, yo haré entrar á vuestros criados por la senda de las economías, y así haremos que vuestra pequeña fortuna pueda bastaros hasta que amanezcan mejores días.

—Mi fortuna! Oh, señora! yo nada poseo! nada!

—Nada! ¿seriais tan imbécil que estando un año entero con el general, no os hubiéseis prevenido para el día de la desgracia?

—Ah! señora! Nunca se me habia ocurrido que llegase ese día. Solo hallareis en mi bolsillo dos ó tres luises de oro.

—Dos ó tres luises! Hija de mi corazón! exclamó Mma. Roland con el mayor desconsuelo, me partís el alma.... Ahora es cuando conozco todo lo horrible de vuestra situacion.... Yo os amo, Teresa, yo estoy animada de los mejores deseos hacia vos, pero esta buena voluntad es impotente, porque soy pobre.... mi mezquina pension apenas me basta para llevar una vida de privaciones: ¿qué haremos, hija mia? ¿Vos acostubrada á la opulencia, inútil para el trabajo?

—Es decir, señora, dijo Teresa levantándose anegada en llanto, que no podeis recibirme..... y.....

—No, no, no creais que os voy á echar á la calle, tengo mejor corazón que todo eso, y sabré partir con vos mi arroz y mis legumbres... pero en nombre del cielo idead si podeis algun medio para arrancar algunos miles de francos á ese ingrato, que....

—Ah! señora! exclamó Teresa con un acento lleno de amargura, que se esforzó en mezclar con una sonrisa, sí, sí, se me olvidaba.... todos los

(1) Parlamentá, especie de manteleta muy usada entonces.

muebles y alhajas del palacio son.... son.... vuestros... el general me los ha cedido.

—Todos los muebles y alhajas del palacio! Gran Dios! ese hombre generoso os lega toda una fortuna.... bien decia yo que os ama todavia.... pero veamos, esa cesion dónde y cómo la reclamaremos?

—Ah! señora! esa fortuna que decís, me será entregada apenas la reclame, pero preferiria morir de hambre antes que tomar cosa alguna como precio de mi deshonra.

—Renunciarla! renunciar una fortuna y morir de hambre, exclamaba la coronela en el colmo del asombro.

—Veo que no se trata solo de mí, respondió Teresa con una voz ahogada por los sollozos, se trata de vos, mi generosa amiga, que os proponiais partir conmigo vuestra escasa fortuna, y me ofrecéis un asilo cuando el mundo me abandona, por eso os autorizo para que reclameis todo lo que me pertenece, y dispongais de ello como dueña que sois.... yo os lo cedo.

Mma. Roland estrechó cien veces á Teresa entre sus brazos, la hizo acostar, y la prodigó los mas tiernos cuidados. A las ocho de la mañana se dirigió, acompañada de un notario, al palacio del general á reclamar en debida forma los bienes de su pupila.

(Se concluirá.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

Isabel, hija única de un alto empleado de la capital, habia perdido á su madre siendo muy niña. Su padre concentrando en ella todo su amor, no habia querido nunca volverse á casar. Él fué quien dirigió su educacion, quien desarrolló los nobles sentimientos innatos en el corazon de su hija. Sus desvelos quedaron plenamente recompensados: Isabel á los diez y ocho años, reunia á un gran talento, á una sólida instruccion, la bondad, la modestia, la ternura, todas las bellas cualidades que pueden adornar á una jóven, todas las que la hacen á un tiempo admirar y amar de cuantos las conocen. Naturalmente buena y reconocida, tenia con precision que adorar á su padre: era para ella ademas

como un hermano, como un amigo. Jamás tuvo para él, que habia sabido inspirarla una confianza ilimitada, el menor secreto.

Cuando el señor D. Luis Ramirez volviendo á su casa despues de sus ocupaciones enojosas, encontraba aquella hermosa niña, que salia á recibirle sonriendo, lo olvidaba todo, y se consideraba feliz. A veces tambien al pensar que un nuevo amor podria atenuar ó dividir el cariño que le consagraba su hija, sentia involuntariamente oprimirse el corazon. Ella era su vida; era mas, porque era quien le llenaba de alegría, de esperanza ó de consuelo.

En el momento de llegar á su casa, Isabel refirió á su padre cuanto la habia sucedido.

—Recuerdas el nombre de ese jóven?

—Sí, se llama Julio de Mendoza. Es mas bien alto que bajo, moreno; tiene los ojos pardos, grandes, y hay en su mirada una dulzura infinita: por un contraste, que no ha dejado de llamarme la atencion, sus cejas arqueadas le dan al mismo tiempo un aire de resolucion y de energía extraordinaria; otra particularidad he observado en él; sus cejas son negras, y sus pestañas larguísimas casi rubias: por último papá, y para terminar su retrato, te diré, que su nariz es bien formada, su boca pequeña, sus dientes blanquísimos, y que sus cabellos oscuros estaban naturalmente ensortijados. Te hago esta minuciosa descripcion por si le has visto alguna vez, y esta pudiera hacértelo recordar.

—No, pero donde quiera que le encuentre me parece que le reconoceré; el retrato no pude ser mas lisonjero, añadió con cierta inflexion de voz que hizo ruborizar á Isabel.

—Y ahora, dijo, cortando de pronto la conversacion, ¿qué piensas hacer por esa pobre ramillera que deseas proteger?

—Voy á confiártelo. Darla un socorro, que por algunas semanas la pusiese á cubierto de las primeras necesidades, me parece oportuno, pero esto no basta. Tiene una nieta; pues bien en lugar de serla una carga, esa niña debe serla útil: enseñándola á ganar su vida con su trabajo, se la libra de la miseria, y quizá del vicio. Si tú me permites, mañana la haré venir, y en vista de su inclinacion por un género de trabajo en que yo sepa instruirla, seré su maestra, ó se la proporcionaré, economizándolo de mis gastos de tocador, porque de otro modo no me satisfaria.

El señor de Ramirez aprobó la decision de su hija.

Al dia siguiente tomó informes acerca de aquella familia, que Isabel queria proteger: todos la fue-

ron favorables: eran gentes pobres pero honradísimas. La muchacha se presentó á su jóven protectora con timidez: aquella la enteró de su proyecto, y ella, lo mismo que su anciana abuela, lo acogieron con un reconocimiento difícil de describir. Para cumplirlo, Isabel se levantó desde el siguiente día dos horas mas temprano, á fin de tener mas libre la mañana. La muchacha despues de hacer labor junto á Isabel hasta las doce, iba á su casa á terminarla, mientras atendia al cuidado de su hermanito. Mariana (este era su nombre), mejor vestida, mejor alimentada, recobró su salud, y solo pensó en corresponder á la bondad de su protectora con su constante aplicacion al trabajo. En poco tiempo aprendió á coser y á leer.

—No sé como te divierte, decia un día á Isabel una conocida suya, frívola y coqueta, pasar el tiempo que pudieras emplear mas agradablemente, desempeñando el papel de una maestra de niñas.

—Permíteme que te diga que estás en un error, la contestó con dulzura: cada cual goza á su manera: yo creo que el cumplimiento de una obra de caridad con una criatura desgraciada lleva en sí mismo la recompensa, por la satisfaccion que resulta de cumplir con un deber. Si cada una de las que hemos nacido en una posicion mas ventajosa, nos propusiéramos enseñar y hacer amar el trabajo y la virtud á una niña del pueblo, haríamos mas en pró de la verdadera ilustracion y de la moral que nuestros filósofos y reformadores. Montésquieu lo ha dicho: «Los hombres hacen las leyes, las mujeres las costumbres.» Cada una de esas niñas laboriosas y buenas, sería mas tarde madre de una familia, á la que infundiría sus sentimientos religiosos. Eso sería trabajar para el porvenir, y antes de un siglo, las mujeres, sin mas apoyo que el de la caridad, habrían regenerado el mundo.

Tres días habian pasado despues de los primeros hechos que he referido. Durante aquel tiempo, Julio, preocupado sin cesar con la memoria de Isabel, y deseoso de volver á verla, habia recorrido los paseos, las calles y las iglesias con la esperanza de encontrarla. La que con tanta bondad prodigaba sus cuidados á una pobre mujer desconocida, ¿qué no haría por una persona que la amase? pensaba Julio. Otras veces se burlaba de sí mismo. ¿No es una locura, se decia, el ocuparme de una jóven que probablemente no verá en mi vida, cuyo nombre no sé, y que á estas horas me habrá olvidado? Pero en muchas ocasiones, el empeño de olvidar es un motivo para recordar doblemente, y esto era lo que á Julio sucedía.

Al cabo de esos tres dias, el jóven aburrido, acaso por distraerse, fué á ver á una amiga de su familia; la señora de Salazar. Despues de pasar algo mas de un cuarto de hora hablando de esas frivolidades que sirven casi siempre de base á la conversacion, se levanta para marcharse.

—No se vaya vd. Julio, le dijo el ama de la casa, hoy es el santo de mi marido, y he suplicado á algunas personas de confianza que nos acompañasen á comer. Espero entre otras á una señorita muy linda, y que acaso no le pesará á vd. conocerla.

—Ruego á vd., señora, que me dispense; estoy comprometido con un amigo para ir juntos al teatro del Príncipe, donde se estrena un famoso drama, para el que hace muchos dias están tomadas las localidades. Allí, dijo para sí, acaso *la verá!* Y se despidió.

Al bajar la escalera tropezó con un caballero que subía dando el brazo á una señora. Empezaba á anochecer y ni siquiera se fijó en ellos, pero al abrirles un criado la puerta la oyó saludar á otras dos ó tres personas que subían detrás, y reconoció en el metal de la voz, que creía oír siempre, la de la jóven de la calle de Carretas.

—Vaya vd. á fiarse en los presentimientos! exclamó con desesperacion.

Vaciló un momento entre volver á subir ó no; ¿pero cómo disculpar aquel paso? No habia ningun remedio.

—Cómo ha de ser! pensó exhalando un suspiro, al fin sabré quién es, y acaso pueda verla y hablarla.

Advierto que no he dicho á vds. ni quién era Julio ni lo que hacia en Madrid. Hijo tercero de una distinguida familia de Búrgos, acababa de emprender la carrera de las armas, y estaba destinado como subteniente á uno de los regimientos que daban la guarnicion á la capital. Contaba solo veinte años, pero empezaba entonces la guerra civil, y no habia un jóven que no tuviese su cabeza llena de ilusiones de gloria en el porvenir.

Una noche el salon de la señora de Salazar estaba iluminado y dispuesto para un baile. Algunos de los convidados habian llegado ya; entre ellos se encontraba Julio. La señora de la casa, á la que habia visto varias veces, le habia hablado con el mayor elogio de Isabel: sabia por ella su acto de caridad con Mariana, y deseoso de asociarse á él, habia conseguido que el hermanito de aquella muchacha fuese admitido gratuitamente en un colegio. La pobre familia no cesaba de ensalzar á su jóven

protectora: sus bendiciones, y las alabanzas de todos, avivaron en Julio el deseo de tratarla.

Cada vez que oía aquella noche el ruido de un carruaje, su corazón latía de impaciencia: esperaba, y cada vez que se veía defraudado, temía ya no verla llegar.

Por fin Isabel se presentó acompañada de su padre: iba vestida de blanco, sin mas adorno en la cabeza que sus hermosos cabellos, y llevaba un ramo de violetas en la mano. A pesar de la sencillez de su traje no por eso estaba menos bella: verdad es, que la juventud y la hermosura, no necesitan de adornos para brillar.

Al ver á Julio se sonrió, y mostrándosele á su padre le dijo su nombre en voz baja.

Cuando la hubo dejado en su asiento el señor de Ramirez se dirigió á donde estaba Julio: le dió las gracias por su proceder respecto á Isabel, y le ofreció su casa y su amistad.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

VARIEDADES.

LA NOVIA DEL SOLDADO.

Era una oscura noche del mes de Marzo, en que despues de haber nevado todo el día caía una helada de las mas crudas; nadie se atrevía á salir á la calle temeroso de morir de frio, y podía asegurarse que en todo el circuito de la ciudad de Metz, en Francia, no se hubiera encontrado un sér viviente, pues todos los habitantes se refugiaban al abrigo de las casas para evitar los rigores de aquella terrible noche, y si algun indiscreto se atrevió á salir por gusto ó precision, quedó helado en las mismas calles de la poblacion.

Tocóle entrar de centinela á media noche á un pobre soldado en uno de los sitios mas espuestos al frio, y aun cuando se cubria con un grueso capote, y debia ser relevado á la media hora, sin embargo, podía casi asegurarse que moriria helado, tanto mas, cuanto que pocos dias antes habia salido del hospital y se hallaba aun convaleciente.

Aquel soldado era prometido esposo de una jóven que le amaba apasionadamente, y ambos esperaban el término del tiempo de su empeño para casarse: temiendo la jóven que su futuro esposo no podría resistir el servicio en una noche tan cru-

da, se hallaba en su casa llorosa, recordando lo que sufriria en aquellos momentos el objeto de su amor, mientras que ella tenia un buen fuego con que poder calentarse; agitada por este pensamiento, salió silenciosamente á la calle y se dirigió al punto, donde segun noticias que antes adquirió, debía estar de centinela su amado; despreciando todos los peligros á que se esponia, llegó al fin toda mojada y cubierta de nieve, y encontró al infeliz soldado trémulo, lívido, y totalmente aterido; le suplicó que se fuera con ella á casa, donde habia un gran brasero preparado al intento, y que despues de algun rato podría volver sin ser visto de nadie; pero el soldado á pesar de que por momentos se sentia desfallecer, conociendo el rigor de la Ordenanza, y las consecuencias de su falta si accedia á la generosa oferta de la novia, se negó á complacerla.

Insistió la jóven diciendo, que fuese solo por un momento á fin de quitarse el yelo que le cubria, pero el soldado se negó de nuevo, temeroso de verse condenado á muerte si llegaba á descubrirse.

—No temas, repuso la muchacha, y por último, si permaneces mas tiempo aquí la muerte es segura, y si te vas por cortos instantes recobrarás la vida á trueque de una corta esposicion, ademas no es posible que se descubra, ni el cielo consentirá semejante desgracia.

—No puedo, contestó el soldado, mi deber, mi honor, exigen que no abandone el puesto.

—Pues bien, replicó la jóven cogiendo el fusil y el capote del soldado con ánimo resuelto, puedes marcharte, que en el ínterin yo me quedaré de centinela.

A semejante resolucion no supo qué contestar el soldado, y tanto suplicó ella que al fin se convenció, animado por las reflexiones de la jóven, quien decia que una vez reanimado podía volver á su puesto, y nadie descubriría aquella momentánea desercion: efectivamente, la dió su consigna y el santo, y partió.

El placer de haber salvado á su futuro esposo de una muerte casi segura, daba fuerzas á la tierna jóven para resistir mejor la agudeza del frio, que era intolerable, y que ya la habia transido: repentinamente vé acercarse un grupo de gente armada; era la ronda. Semejante inesperado acontecimiento desconcertó á la muchacha hasta el punto de faltarle el valor para dar el *quién vive*, y permaneció silenciosa y acurrucada dentro de la garita.

Creyendo la ronda que el centinela se habia helado corrió á socorrerle; pero cuál fué su sorpresa cuando encontró á una jóven bella, cubierta con el capote del soldado y empuñando su fusil, la

cual asustada y confusa no encontraba frases para disculparse. Conducida al cuerpo de guardia relató lo sucedido, y suplicó de rodillas perdonasen al pobre centinela que habia faltado, porque ella lo habia exigido; pero en vano, pues inmediatamente fueron otros soldados á buscarle á casa de la jóven, donde le encontraron todavía aterido y casi sin esperanzas de hacerle volver en sí; despues de prodigarle cuantos cuidados exijia su estado, fué reanimándose, y puede decirse que volvió á la vida, pero le estaba reservada una muerte mas cruel.

Inmediatamente fué sometido á un Consejo de Guerra, que le condenó en pocas horas á la piqueta. Es imposible pintar cual fué el dolor de su prometida, que tanto le amaba y que le veia perdido por su causa; sin embargo, transcurridos los primeros momentos de abatimiento que ocasiona toda emocion fuerte, se armó de valor la doncella, y corrió á postrarse ante los jueces de su prometido para demandar perdon.

La originalidad del caso llamó la atencion pública, y todos se interesaron por aquellos desgraciados amantes; gentes de todas gerarquías y condiciones ofrecieron cantidades fabulosas por salvar la vida al soldado, y todos intercedieron en su favor; por manera que llamando la atencion del Monarca aquel grande interés que generalmente escitaba, trató de averiguar el hecho, y enternecido él mismo, perdonó al desgraciado centinela, que vive hoy dia feliz al lado de su esposa, y rodeado de tres tiernos hijos.

E. DE T.

ANÉCDOTA CURIOSA.

El califa Omar, cuya memoria será eternamente execrable á los amantes de la instruccion y del saber, habia proclamado repetidas veces durante su reinado, y en la toma de Alejandria, que el Alcoran contenia todo lo que era necesario creer y saber. A consecuencia de esta funesta conviccion, mandó que todos los libros existentes en la Biblioteca de aquella entonces magnífica ciudad, que habia sido fundada por Tolomeo Filadelfo, cerca de dos siglos antes de la era vulgar, fuesen repartidos entre los dueños de los establecimientos de baños, cuyo número llegaba en dicha época á cuatro mil, para que los destinasen al fuego. Júzguese cual seria el número de los libros, cuando éstos sirvieron de combustible por espacio de seis me-

ses. Omar fué asesinado en Jerusalem por un esclavo persa el año 644.

F.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a *Traje de visita.* Vestido de grós, de rayas muy anchas, cuyo cuerpo es escotado en forma cuadrada. Encima va una chaqueta ó *basquine* correspondiente al vestido, cuyo cuerpo es alto por detrás y abierto por delante en forma de V. La aldeta de mucho vuelo, y de 35 á 40 centímetros de larga, es de una misma pieza con el cuerpo y solo lleva añadidos en los costados. La manga corta y lisa de arriba, tiene tres volantes. Un rizado de cinta guarnece toda la *basquine*, colocándose otro, como unos ocho centímetros mas arriba: otro rizado igual se pone en la manga, y en cada uno de sus volantes. Una guarnicion doble de Chantilly adorna la delantera del cuerpo, viniendo á morir en el talle: otro volante de lo mismo cubre el alto de la manga y sus volantes. Otro, muy ancho termina la aldeta, cayendo sobre la falda del vestido.

FIG. 2.^a *Traje de paseo.* Vestido de barés de fondo liso, con disposiciones en sus cuatro volantes: cuerpo alto y fruncido, de cintura redonda y entallada. Manteleta echarpe de tul de Lion, con adornos de tiras de terciopelo y botoncitos de seda. Esta manteleta de tul, puesto doble, se corta sobre un patron de un metro y setenta centímetros de largo total, por treinta y cinco centímetros de ancho en el medio de la espalda, que viene disminuyendo proporcionadamente hasta sus estremidades. Este echarpe es de figura escotada, y por detrás de manteleta de forma redonda: todo su alrededor va guarnecido de un rizado de blonda estrecha y una puntilla de lo mismo adorna las tiras de terciopelo, cuyo ancho es de dos centímetros, llevando en su centro una hilera de botoncitos de seda. Dos anchos volantes de Chantilly, puestos uno encima del otro guarnecen el bajo de la manteleta. Sombrero de crespon blanco, con adornos de blonda blanca y cintas color de rosa.

